

XV Jornadas de Investigación y Cuarto Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2008.

Algunas notas sobre la escisión psíquica.

Mon, Martha.

Cita:

Mon, Martha (2008). *Algunas notas sobre la escisión psíquica*. XV Jornadas de Investigación y Cuarto Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-032/581>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/efue/TTH>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

ALGUNAS NOTAS SOBRE LA ESCISIÓN PSÍQUICA

Mon, Martha

Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires, UBACyT

RESUMEN

El presente trabajo pretende reconsiderar el minucioso estudio que Freud realiza a propósito de un episodio singular, donde lo emergente es un sentimiento especial: la enajenación. Siguiendo aquellas líneas trazadas por el estudio que realiza Aristóteles sobre las pasiones, en su libro Retórica; y el recorrido que emprende por distintos sentimientos, Ira Odio, Indignación, Envidia, que investigamos en trabajos anteriormente presentados; Intentamos aquí seguir profundizando la construcción metapsicológica que va a dar cuenta de ese particular sentimiento, la enajenación sostenido en una operación psíquica que Freud ubica como Desestimación. Y que da cuenta a través de este sentimiento singular, del lugar de padre, del superyo, de la escisión psíquica, es decir, un lugar de la castración.

Palabras clave

Escisión psíquica Desestimación Enajenación Sentimiento

ABSTRACT

SOME NOTES ON PSYCHICAL SPLIT

The present work aims to reconsider Freud's detailed study of a singular episode where a special feeling emerges: derealization. Following the ideas Aristotle proposes in his study on passions, in his book Rhetoric; and the route he undertakes on different feelings, such as Anger, Hatred, Indignation, Envy, that we have investigated in some of the previous works we have presented; we intend to continue an in-depth study of the metapsychological construction that reports that particular feeling: derealization, supported by a psychical operation Freud characterizes as Rejection. And it reports, through this singular feeling, the place occupied by the father, the super-ego, the psychical split, that is, the place of castration.

Key words

Psychical split Rejection Derealization

Este trabajo pretende reconsiderar el minucioso estudio que Freud realiza a propósito de un episodio singular, que relata en una carta a su amigo Romain Roland, cuando tiene él ochenta años. Lo curioso es que es un obsequio. Un sentimiento especial, el relato, vivido por Freud 40 años atrás: El relata lo que es pasar por un sentimiento de enajenación.

Aristóteles estudia y profundiza sobre las pasiones, sobre los sentimientos humanos en su libro Retórica; y en el recorrido que realiza NO encontramos este sentimiento que Freud va a considerar con tanta seriedad.

Lo que va a dar cuenta de ese particular sentimiento, la enajenación va a estar sostenido en una operación psíquica que Freud ubica como Desestimación.

Esta operación psíquica está situada por Freud muy tempranamente en sus escritos, si bien aparece muy tempranamente como artilugio de la resistencia, el paciente desestima el valor del nexo con un recuerdo; testimonio de ello nos lo da en el texto Sobre Psicoterapia de la histeria.

No he dejado nunca de leer con asombro esa famosa carta escrita por Freud en los últimos años de su vida. Carta a Romain Roland, o una Perturbación del recuerdo en la Acrópolis.

Su escritura es sorprendente; tiene por un lado, la intimidad y la

distancia de una carta, con un estilo absolutamente coloquial, y hasta confidencial, si se quiere; y por otro lado trepa en un terreno tan escarpado, que por momentos adquiere un análisis tan minucioso y a la vez tan expositivo y teórico que resulta asombroso. Cito;

“Lo que en definitiva le ofrezco es el don de alguien empobrecido, que ha visto antaño días mejores” escribe, para empezar.

Algo que le retorna repetidamente hacia el final de su vida, ya tiene 80 años, algo que vivió allá por 1900, para ser exactos en 1904, cuando tenía 42 años.

Ese recuerdo de aquellos años, dice Freud, recién ahora tiene algún sentido para él. Y ese episodio, o mejor, el relato de ese episodio, necesitan un preámbulo.

Viajaba con su hermano 10 años menor, por Trieste y por la isla de Corfú. En el transcurso de ese viaje, un conocido los desalienta a llegar hasta la isla y les insiste en que viajen hacia Atenas. Aparece en el un Malestar. No, no van a ir, intercambian opiniones con su hermano y todas se oponen a la entrada en Grecia. Pero cuando se hace la hora en que se abren las ventanillas que venden los pasajes en el vapor que los llevaría, sin intercambiar palabra, se precipitan y sacan pasajes en él.

Ya en Atenas, nos cuenta, le acude este pensamiento: ¿Entonces todo esto existe efectivamente tal como lo aprendimos en la escuela?!

Es un “no puedo creerlo”, el contenido es una incredulidad. Un no puedo creer en ese fragmento de realidad. Es algo increíble, algo irreal. Es un: “Lo que veo ahí no es efectivamente real”.

¿Qué es esto? Que significa no poder creer en la realidad que se está viviendo?

Freud nos lo describe de una forma asombrosa ya que logra transmitir de una manera muy sencilla lo que opera dejando al descubierto una brecha, una escisión en el seno mismo del yo. Nos dice:

“... es como si la persona que formuló la preferencia se separa, de manera más notable y tajante que de ordinario, de otra que percibió esa preferencia y ambas se asombraron; si bien no de lo mismo...”

“... Una se asombra como si se viera obligada a creer en algo cuya realidad le parecía hasta entonces incierta... La otra se asombró, pues nunca había sabido que alguna vez se hubiera dudado de la existencia real de Atenas, de la Acrópolis y de ese paisaje...”

Esas dos personas, o bien esa ficción de hacer dos, que estarán reunidas en una, en la ficción de uno, esas dos separadas, escindidas entre sí. Por un lado, una de ellas que comporta un núcleo de incredulidad, no le es posible creer en la existencia real de ese sitio. Y a su vez, y por separado, la otra, que nunca había sabido que ese núcleo existiera, por decirlo así.

Convive la falta de una creencia con la falta de saber de ese núcleo incrédulo.

Una parte no cree en la existencia, o mejor dicho no puede creer, y la otra parte se entera en ese momento, que nunca supo que existiera ese núcleo de incredulidad. Si se trata de creencia o de falta de ella mejor dicho, está articulado allí el Padre.

Me refiero a lo que el mismo Freud nos enseña en Tótem y Tabú, que el origen de la cultura de una existencia para la cultura, los hombres se la han dado a partir del mito que sostiene el asesinato, una fechoría cometida en contra del más fuerte del clan, que luego de asesinado deviene Padre, en donde se constituye la instalación de la ley retroactiva, la conmemoración del acto, la fiesta, la constitución del tótem, come representante y hasta inclusive podemos considerar el origen de la religión.

Pero retomemos:

Esto que nos relata Freud, esta doble sucesión de cosas increíble y falta de saber acerca de ese núcleo, se traduce en al ámbito afectivo: esta experiencia se traduce como sentimiento, sentimiento de enajenación.

El término enajenación es curioso también, porque de alguna forma ha caído en desuso.

Es un término antiguo, que expresa el hecho de que alguien esté, o pueda estar, no en sí mismo, sino en alguna realidad ajena a él. Se supone que está o (vive), pues, en-ajenado. En-

jenación traduce literalmente varios términos no españoles que expresan el concepto de hallarse en una realidad ajena. Sin embargo la tradición filosófica que ha aceptado o puesto de relieve el término de enajenación ha ido sustituyendo de forma progresiva este término por otro, más frecuente en estos días: el de alienación. Este otro término tiene efectivamente otro linaje, su origen etimológico se encuentra en el vocablo "alius", esto es "otro" y "diferente" También, estar o hallarse alienado es, pues, originariamente, estar o hallarse en otro. Siendo ese otro algo ajeno.

Freud nos dice que estos sentimientos de enajenación, "eso que veo allí no es efectivamente real", son el producto de una operación compleja, fallida, de constitución anormal, como los sueños; y que son paradigmas de perturbación anímica.

Se las observa en dos formas: o bien es un fragmento de realidad el que aparece ajeno: enajenación; o bien es un fragmento del yo propio que se torna extranjero, a esto último se lo llama despersonalización.

En las enajenaciones y despersonalizaciones nos empeñamos en excluir algo, sea de la realidad, sea del propio yo. A su vez, tienen dos caracteres universales: el primero es que sirven a la defensa y quieren mantener algo alejado del yo: desmentirlo. Y el segundo es que tienen dependencia del pasado, del tesoro mnémico del yo y de vivencias penosas anteriores, que desde entonces pudieron caer bajo la represión.

¿Cómo lo entiende en el relato de su propia experiencia Freud? Pone en relación lo sucedido frente a la Acrópolis, y la desazón, el malestar sentido en Trieste antes de partir... Hay una pena ahí, nos dice, la de que no sea posible ver Atenas, eso es un caso de incredulidad, un "habría sido tan hermoso", algo en lo que no se puede creer: o sea, desmentida. No cree posible estar allí. Un intento de desautorizar un fragmento de realidad objetiva. Y la pregunta es por qué. Si ese fragmento no tiene contenido displacentero, ¿por qué desmentirlo? Es paradójal, en tanto el aparato está montado para lo contrario.

Para lo contrario bajo el programa del Principio del Placer. Es por eso que nos remite a " Los que fracasan al triunfar." Y señala que allí lo que sucede es que hay quienes enferman porque se les ha cumplido un deseo de intensidad avasalladora, no se permiten la dicha, no se sienten dignos, no la merecen, esto debido a un sentimiento de culpa y de inferioridad, que en tal caso son lo mismo son lo mismo. Materialización del severo Superyo.

Entonces se podría decir la desmentida está para desconocer un deseo irreprimible, pero si el deseo está, la desmentida estaría anudada al Superyo?

"... cuando al individuo lo abruma la desdicha, se mete dentro de sí, discierne su pecaminosidad, aumenta las exigencias de su conciencia moral, se impone abstinencias y se castiga mediante penitencias."

Esto, nos dice Freud, le pasa en Trieste. Desautoriza una posibilidad. No cree que eso fuera posible.

En el estudio que Freud realiza sobre el tabú nos dice que los tabúes son prohibiciones muy antiguas y que tiene significaciones opuestas; la de lo sagrado o consagrado y la de lo inquietante, peligroso, prohibido o impuro. Las prohibiciones tabú carecen de todo fundamento y su origen es desconocido y el concepto de tabú entraña pues, una idea de reserva y en efecto el tabú se manifiesta esencialmente en prohibiciones y restricciones. Conocerlo, desentrañar su misterio, nos dice el propio Freud, habría quizás de proyectar alguna luz sobre el oscuro origen de nuestro propio "Imperativo categórico". Estamos frente al núcleo del Superyo.

Es decir que estamos desde el tabú, en línea recta a la consideración y el descubrimiento del Súper yo como instancia psíquica fundamental en la construcción que Freud hace en la segunda tópica.

Podíamos situar esta falta de creencia y su profundo desconocimiento, como ese punto intramitable del padre?

"... Originariamente, en efecto, la renuncia de lo pulsional es la consecuencia de la angustia frente a la autoridad externa; se renuncia a satisfacciones para no perder su amor. Una vez operada esa renuncia, se está, por así decir, a mano con ella, no debería quedar pendiente, se supone, sentimiento de culpa alguno. Es diverso lo que ocurre en el caso de la angustia frente al Superyo. Aquí la renuncia frente a lo pulsional no es suficiente, pues el deseo persiste y no puede esconderse frente al Superyo. Por tanto, pese a la renuncia consumada sobrevendrá un sentimiento de culpa, y es esta una gran desventaja económica de la implantación del superyo, o lo que es lo mismo, de la formación de la conciencia moral. Ahora la renuncia pulsional ya no tiene un efecto satisfactorio pleno; la abstención virtuosa ya no es recompensada por la seguridad del amor; una desdicha que amenazaba desde afuera, pérdida de amor y castigo de parte de la autoridad externa, se ha trocado en una desdicha interior permanente: la tensión de la conciencia de culpa..."

Entonces, la frase proferida en Atenas no es más que una desfiguración de un texto más nítido: "...jamás hubiera creído que me fuese dado alguna vez ver Atenas". Donde luego se suma una operación más, que es la de una doble desfiguración. Siendo el contenido, la incredulidad, lo que se mantiene. La desfiguración se realiza hacia el pasado por un lado (a la época de su pubertad, por decirlo así); y por otro lado, de su presencia en la Acrópolis a la existencia de la Acrópolis misma.

La desmentida sostiene un núcleo de incredulidad, Pero como lo hace?

Con una doble desfiguración simultánea: una en el tiempo, la otra en el espacio.

¿Cómo no pensar que semejante operación no esté profundamente motivada?

Lo originario, escribe Freud, "tuvo que haber sido una sensación de que en la situación de entonces se registraba algo increíble e irreal..."

Alguna vez no creyó que pudiera ver Atenas, no creyó que pudiera viajar, la pobreza familiar en la que creció no lo harían posible. Nunca creyó entonces, nos dice, que pudiera llegar tan lejos. Pensamientos que no son sin el sentimiento de culpa que les corresponde; en tanto, en ellos se filtraría un deseo prohibido: la crítica infantil y el menosprecio dirigidos al padre. "...El vínculo entre Superyo y yo es el retorno desfigurado por el deseo, de vínculos objetivos (real) entre el yo todavía no dividido y un objeto exterior..." "...Ahora bien la diferencia esencial consiste en que la severidad originaria propia del Superyo no es, o no es tanto, la que se ha experimentado de parte de ese objeto o la que se le ha atribuido, sino que subroga la agresión propia contra él (...) ¿Y si lo esencial en el éxito fuera haber llegado más lejos que el padre, y como si continuara prohibido querer sobrepasar al padre?" Eso sucede antes y en la Acrópolis. Y es, ahora sí, ese deseo desmentido.

En la Acrópolis pasa eso y algo más: dos sentimientos lo acompañan aún: culpa y piedad por el padre. "... Parece como si lo esencial en el éxito fuera haber llegado más lejos que el padre, y como si continuara prohibido querer sobrepasar al padre". "... Lo que nos empañaba el goce del viaje a Atenas era entonces una moción de piedad."

Ese último término que Freud utiliza para anudar los sentimientos que se desprenden de esa compleja operación que se inició con la desmentida es aparte de la culpa que ya nombramos, la piedad.

La Piedad es una palabra latina muy vinculada a lo religioso, de hecho es Pietas en latín, y es una virtud que por el amor a Dios inspira devoción por las cosas santas, y por el amor al prójimo, actos abnegados y compasivos. Dadas las últimas frases de la carta, ya que Freud hace referencia a la edad que tiene, creo que lo que supo expresar está más cerca de lo que Aristóteles era dado a llamar compasión, ya que en su texto sobre los afectos no contempla la Piedad. Aristóteles considera que "...la compasión es un pesar, una pena, un sufrimiento que soporta quien no se lo merece. Pero que podríamos esperar sufrirlo nosotros mismos o alguno de los nuestros. Y eso cuando el sufrimiento parece estar próximo, pues evidentemente es necesario

que el que va a sentir compasión se considere expuesto a sufrir algo malo él mismo o alguno de los suyos, y que este mal, como se ha dicho en la definición, sea similar o próximo...". Freud termina su carta diciendo: "Y ahora ya no le asombrará a usted que el recuerdo de la vivencia en la Acrópolis me frecuentara desde que, anciano yo mismo, me he vuelto menesteroso de indulgencia y ya no puedo viajar."

Si el sentimiento de enajenación es el resultado de la desmentida de un deseo que no puede ser reconocido por el yo, por el insoportable sentimiento de culpa que conlleva el querer ir más allá del padre, que implicaría su muerte.

¿Por qué en la ancianidad, en proximidad de la muerte, ese deseo puede ser alojado y ya no desmentido? ¿Será entonces que la ancianidad hace perimir lo ajeno, nos hace a todos iguales frente a la castración? ¿O será que el pasaje por la castración permite, en este caso, el alojamiento de ese deseo de ir más allá, en tanto ya perimido?

Para finalizar un pequeño fragmento que me acompaño en la escritura de este texto:

...Y... "Después leyó las dos fechas, "1885-1914" e hizo maquinalmente el cálculo: veintinueve años. De pronto le asalto un pensamiento que lo sacudió incluso físicamente. El tenía cuarenta.

El hombre enterrado bajo esa lapida, y que había sido su padre era más joven que él.

Albert Camus. El primer hombre.

BIBLIOGRAFÍA

FERRATER MORA, J. Diccionario de Filosofía. Ed. Alianza.

FREUD, S.: Carta a Romain Rolland (Una perturbación del recuerdo en la Acrópolis) 1936. A.E. Tomo XXI, Obras Completas.

FREUD, S.: El malestar en la Cultura (1930-1929). A.E. Tomo XXII, Obras Completas.

FREUD, S.: Acerca del "fausse reconnaissance" ("d'jà raconté") en el curso del trabajo psicoanalítico. (1914) A.E. Tomo XIII, Obras Completas

FREUD, S.: Psicopatología de la vida cotidiana. (1901). A.E. Tomo VI, Obras Completas.

FREUD, S.: Tótem y Tabú. (1914). A.E. Tomo XIII; Obras completas.